

El bonzo

Rezar por los hombres es derramar la sangre

(Silvano del Monte Athos)

Era inútil negar que en ese mediodía cálido reinaba el suspenso. Los dueños de casa: el pastor y su esposa, en aquella atribulada ciudad centroamericana, nos habían invitado a almorzar con un monje budista japonés, formado junto a un conocido gurú hindú.

Me preguntaba qué haría en ese lugar un monje budista, olvidando que también el bonzo podría haberse hecho la misma pregunta.

Finalmente para sorpresa de todos, llegó en una moto conducida por su joven acompañante y calzado con zapatillas deportivas. La insólita aparición demumbó de un saque nuestros endeble esquemas orientalistas.

Aparentaba unos treinta y cinco años. Su cuerpo desnudo y menudo, recubierto por la consabida túnica color azafrán, impresionaba por su buen estado físico. Con la cabeza rasurada y los ojos alegremente despiertos, se lo veía igualito que en las fotos.

Después de las presentaciones de rigor, comenzaron las preguntas de distinto color y pelaje. A todas ellas respondió amable y sereno, mientras su joven amigo traducía al castellano.

Primero vinieron las clásicas preguntas sobre horarios y ritmos de vida. "Nada originales sus respuestas", me decía con cierta suficiencia. A continuación, el pastor presbiteriano pasó a preguntarle acerca de los motivos que lo habían encaminado a un país tan distante geográfica y culturalmente de su tierra de origen.

Respondió con suavidad y firmeza, que había llegado en plan de peregrino, a fin de pedir con la oración y el ayuno la anhelada paz para estas tierras envueltas en luchas fratricidas. Y que cuando la paz fuera una realidad, cumplidas su misión y su promesa, regresaría entonces a su lejana patria.

Mientras lo escuchaba recordaba las palabras del Evangelio, cuando dicen que a cierta clase de demonios sólo se los expulsa con la oración y el ayuno.

Durante el almuerzo la conversación siguió su ritmo normal, salvo que nuestras miradas estaban pendientes del plato del bonzo, pensando en qué comería. Se sirvió con naturalidad y comió de todo, incluso repitió carne. Más tarde me enteré que terminaba de cumplir un ayuno riguroso de treinta días por la paz.

El momento no parecía ser el más propicio para conversar sobre la oración, pero una religiosa y periodista de genio espiritual inquieto, insistió en que nos hablase de la oración.

Sin hacerse rogar y en silencio, se levantó y buscó un bolso que se nos había pasado desapercibido. De él sacó un pequeño tambor y sin más explicaciones, se puso a entonar una melodía simple y monótona que intercaló con los rítmicos golpes de un palillo. Después de un largo rato, guardó nuevamente en el bolso los instrumentos musicales y continuó almorzando tranquilamente.

Todos quedamos sorprendidos. La Hermana insistió en pedirle una explicación sobre el significado de lo que acababa de realizar.

El bonzo tomó la palabra y le respondió que había estado orando sencillamente, como se lo había enseñado su gurú. Que la oración era una vivencia de fe apta para todo público, y no una filosofía destinada a un público selecto. Con los golpes rítmicos buscaba ahuyentar de la conciencia y del corazón los pensamientos racionales que podían distraerlo de su oración.

Nuestras expectativas no habían quedado frustradas. Aquella tarde el monje budista, con gestos simples y significativos, nos había evocado la sabiduría de los antiguos padres del desierto, comunicándonos verdades de ayer, de hoy y de mañana.

Nos recordó que para encontrar la paz, teníamos que tratar de permanecer en orden y en armonía con todos, aprendiendo a orar: rezando, y evitando el peligro de convertir la oración en un mero proyecto especulativo.

Al despedirse el amigo bonzo abrió una vez más el bolso y se puso a rezar y a cantar suplicante en el jardín junto a la puerta de calle. Mientras subía a la moto, nos saludó sonriente con las manos juntas y una grave inclinación de cabeza.

Busca la paz y corre tras ella (Sal 34,15).

*Abadía Santa María
C.C.8
6015 Los Toldos (B)*